

## PRECIOS DE SUSCRICIÓN

## MADRID

Pesetas.

Mes. ....	1
Trimestre. ....	2,50
Semestre. ....	5
Año. ....	10

## PROVINCIAS

Tres meses. ....	3
Ses. ....	5,50
Año. ....	10
Extranjero y Ultramar. .	5 pesos.

## CORRESPONSALES

25 números de EL MO-	
TIN. ....	2,50
Idem del SUPLEMENTO. .	0,75

## NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



## ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

## Centro de suscripción

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, D. José Pozo, calle del Obispo, 32.

## NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

## PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

## LA PRIMERA MISA

Está empezando á alborear; el frío de la madrugada penetra hasta los huesos, y tal ó cual trasnochador se retira á su casa, embozado hasta la nariz y el sombrero hasta las cejas.

Otros, que no tienen más capa que la de la Providencia, pasan á cuerpo gentil, rápidos como una saeta, en dirección á su morada (el que la usa), ó para entrar en calor el que no la tiene.

¡Cuántas meditaciones se les ocurren á primera hora! El uno pretende explicarse por qué no salió el caballo en vez de la sota que le llevó el último duro; el otro, con las manos en los bolsillos y tiritando, medita en las buenas cualidades del paño de Santa María de Nieva, y se muere de envidia recordando la capa del alcalde de su pueblo...

De pronto se oye el sonido de una campana; es el toque de maitines. Esta es la hora en que las vírgenes... del Señor se dirigen al coro. Pero ¿qué miro? ¿A dónde irá esa vieja beata, con su rosario en la mano, y la sillita de tijera? ¡Temprano toma la hermana sus devociones!... La seguiré; porque así como la aurora anuncia el sol, este tipo me indica que hay ya una iglesia abierta, ó tardará poco en abrirse, y, después de todo, mejor está uno acurrucado en un banco que en medio de la calle sufriendo las caricias de estos cefirillos voladores, como dicen los poetas que no han recibido nunca los matinales besos del Guadarrama.

¡Calla! En aquella rinconada se detiene la piadosa madrugadora. ¡Ya pareció el peine, digo, ya pareció la iglesia!... ¡Y no es ella la primera que acude! Ya hay otras dos sentadas en el umbral de la puerta... y un individuo, un curioso. Me acercaré.

—¡Qué pronto han venido ustedes hoy!—dice la recién llegada.

—¡Hola, Doña Rita! ¿Cómo se ha retrasado usted tanto?—le pregunta una individua que tiene un perro, sujeto por un cordón.

—¡Qué quiere usted! ¡Cosas de mi yerno! Como él es un hereje, quiere quitarme la devoción y me esconde la llave de la puerta... No es así mi hija, ¡bien lo sabe Dios! En cuanto su marido se marcha al taller, se viene derecha al templo á oír, por lo menos, media docena de misas, y aunque alguna vez la zurra ese judío porque no está la comida cuando él viene, la pobre lo sufre con la paciencia de una mártir. Con cuatro voces que le damos y algunos pucheros que le tiramos entre las dos, todo está concluido.

—¡Estate quieto, Fidel! ¿No ves que es una amiga?—exclama la señora del perro.

—¡Ay! ¡Si hiciera usted el favor de retirarle un poquito!...

—¡No tenga usted cuidado!... ¡Si no la-

dra!... ¡Es tan juicioso!... ¡Y tiene un instinto! Para que vea usted el respeto que tiene á la casa de Dios, le voy á contar á usted lo que hizo el otro día. Sintió el pobrecito una necesidad menor, y considerando que era irrespetuoso hacerla en el suelo de la iglesia...

—¿Se salió á la calle?

—¡Quia! No, señora; nunca le dejo suelto. La hizo en los pantalones de un caballero.

—En los míos, señora—exclamó el individuo, que hasta entonces había callado como un muerto.—Y á fe que no tengo otros... porque soy un pobre músico que salgo á tocar con varios amigos... y para desagraviar al Señor de los escándalos que armo por la noche, paso toda la mañana pidiéndole que me perdone, así como á mis compañeros, que bien lo habemos menester. Mas ya está aquí el señor cura.

—¡Buenos días! ¿No han venido aún ni el dependiente ni el acólito?

—En aquella taberna están desayunándose.

—Yo iré á buscarlos—dijo la suegra tiradora de pucheros.

—¡Oh, no!—respondió el cura.—Cuando usted llegase, ya serían más de las doce.

—Iré yo—prorrumpió el músico; y salió disparado como un cohete.

—¿Qué es eso, señor?—preguntó la dueña del perro.—Oigo campanillas... ¿será el Viático?

—No, señora; son las burras de leche... ¡Gracias á Dios que estáis aquí!—añadió dirigiéndose al acólito y al sacristán que llegaban.

—Sabiendo que vengo á las seis, ni habéis limpiado, ni habéis hecho la requisa.

—¡Requisa! ¿Para qué?—tornó á decir la dueña del can.

—Para ver si han entrado ladrones.

—¡Válgame Dios! ¿Y se atreverían á robar una iglesia?

—¿Que si se atreverían? ¡Ya lo creo que se atreverían!

—Esto es un convento de monjas; no se necesita ser un Cumberland para adivinarlo—me dije al entrar en el templo.—Allí veo, á través de la celosía, una vieja rugosa y apergamizada que charla con una joven morena y vivarachita, y antójase que la joven mira más á los fieles que acuden al templo que al brebiario que tiene en la mano.

Ya principia el santo sacrificio. Por cierto que el sacristán, hombre de poca fe, continúa con la capa sobre los hombros, como si Dios no velase por los creyentes y las pulmonías no retrocedieran ante los cristianos fervorosos.

—Usted, que debe frecuentar este templo—dije por lo bajo á la beata del perro,—¿me quiere explicar qué lfo es ése que se trae el señor sacerdote yendo y viniendo de un altar

para otro, aquí me pongo el cáliz y allí te dejo el misal?

—Es que aquí se dicen las misas á estilo mercenario.

—Pues yo creía que la misa era igual en todas partes.

—Está usted en un error; los seculares la dicen con arreglo al rito romano; los dominicos la dicen de otra manera; los mercenarios...

—Está usted muy instruída en estas cosas.

—Ahora ya no tanto, pero cuando era joven... Mas ahora caigo en la cuenta de que estamos cometiendo una irreverencia. En la iglesia no se debe hablar.

—Yo no sé si será de ritual mercenario, pero ello es que este prójimo anda á la husma de mi reloj, lo cual que me parece que le voy á soltar un piadoso estacazo.

Allí viene D. Ruperto, aquel viejo carlistón que vende y roba en la tienda de la esquina de mi calle.

Por cierto que su mujercita anda escudriñando todo el templo, como buscando con la vista á alguna persona... ¿Qué veo?... Ahora entra Carlos, el estudiante que hace cucamonas á la tendera y la acompaña las tardes que su marido se va á los toros. Ya le ha visto. ¡Con qué hipocresía le mira con el rabillo del ojo! ¡Si me lo estaba figurando! Ahora ha dejado caer el devocionario. Carlos lo ha recogido y se lo ha entregado, metiendo entre las hojas un pape-lito.

¡San Lucas me libre de malos pensamientos!

—¡Limosna para alumbrar al Santísimo Sacramento!—murmura á mi oído el monaguillo con voz gangosa.

En cuanto que me divide, porque todos los fieles me están mirando y no tengo en el bolsillo más que una peseta.

—Toma.

—¡Caballero, es falsa!

—Buena vista tienes; pero la fe es ciega y no tengo más suelto.

Ya se ha concluido la misa. ¿En que estará pensando la tendera que se deja el libro en el banco? Dios me perdone el pecado, pero voy á cogerlo. ¡Calla! Aquí está la cartita. ¡Poco que me voy á divertir!

Aquí, en mi casa, puedo saborear á mis anchas la epístola estudiantil. A fe que ni adrede hubiera escogido la tendera mejor sitio para depositarla. Capítulo IV.—De los deberes de las casadas.

Y dice el documento:

QUERIDA MARIANA:

No extrañes que ayer no te visitara, porque urgentes ocupaciones me lo impidieron.

El animal de tu marido parece que anda escama-



do. Si va esta tarde á las misiones, pones la cinta en el báculo y tendrá el gusto de verte tu afectísimo

CARLOS.

—¡Caracoles!—exclamo en tanto que rompo la carta.—¡Hasta qué punto hemos llegado! ¡Cómo utilizan la iglesia algunos católicos!

JOAQUÍN G. LOSADA.

## LAS NARICES

Chata, no tienes narices porque Dios no te las dió: á Roma se va por todo, pero por narices, no.

(Copia popular.)

No sin persignarme antes tres veces me he atrevido á estampar al frente de este artículo la anterior copilla, que, de acuerdo con el refrán que dice: *Camino de Roma, ni mula coja, ni bolsa floja*, parece como dar á entender que tan poderoso caballero es D. Dinero en la capital del orbe cristiano, como en esta tierra clásica del garbanzo y de la mojigatería.

El pueblo español, autor, á no dudarlo, del mencionado refrán, que comentó, entre otros, el docto académico de la Lengua Sr. Ferrer del Río, en su discurso de contestación al del inolvidable García Gutiérrez; el pueblo español, que ha consignado en una multitud de formas tan prodigiosa, que recuerda el maravilloso polimorfismo de los seres naturales, el pensamiento de que *el dinero todo lo allana*; el pueblo español ha puesto en la copla un límite al poder del oro, y ¿á qué no decirlo, puesto que es él quien habla? á la codicia de la Iglesia.

Con dinero, llevando la bolsa bien repleta, en Roma lo encontraréis todo; llanos serán allí para vosotros los montes que juzguéis más inaccesibles: hay algo, sin embargo, que en balde buscaréis allí; algo que en vano pediréis al dispensador de todas las mercedes en la Tierra; algo que vale más que todas vuestras riquezas y que todo el oro encerrado en las minas de California: *unas narices*.

Las narices, sí, bellísimas lectoras, las narices, para las cuales no tenéis ni un sentimiento de gratitud, ni un recuerdo en vuestras oraciones. En las que rezáis por las noches y al levantaros, pedís fervorosamente á Dios el pan de cada día; jamás se os ha ocurrido pedirle que os conserve lo que os ha concedido como un beneficio aún mayor. Por vuestros cuartos, el panadero se halla dispuesto á daros todo el pan que le pidáis; aun de fiado, os lo suministrará por algunos días. Las narices... ¿en dónde encontraríais vosotras unas narices fiadas?

En ellas os ha concedido la Naturaleza, ó Dios si os gusta más esta palabra y queréis que me cña á los propios términos de la copla, un bien inapreciable. Por ellas, no sólo penetra el aire en vuestros pulmones, y los vivifica, y oxigena vuestra sangre, y hace latir rítmica y acompasadamente vuestro corazón, sino que se templan los rigores del frío, indiferente á vuestra juventud y á vuestra belleza. Si en Guadarrama tenéis despiadados enemigos que os acechan para heriros de muerte cuando estéis más descuidadas, en vuestras narices tenéis siempre en cambio una amiga leal, una de esas amigas que no se encuentran ya en el mundo ni por un ojo de la cara. Apretad vuestras narices con las delicadas yemas de vuestros dedos, y con la boca también cerrada permaneced así por un par de minutos, y os daréis cuenta de lo sincero de su amistad; y sin embargo, ni el mismo pueblo, que tantos piropos ha prodigado al tallo y á los ojos de las mujeres hermosas, tiene apenas un modesto requiebro para vuestras narices. Tan notable injusticia recuerda los intencionados versos de Quevedo:

¿En qué pecaron los codos,  
que ninguno los requiebra?

Las narices, mediante las que recibís en la debida proporción un alimento aún más indispensable que el pan, es para vosotras fuente de goces inapreciables. Mediante ellas, las flores os regalan sus exquisitas esencias, la esencia de su ser. ¡Cuánto vago deseo, cuánto sentimiento ardiente, cuánto delicado pensamiento no habrá despertado en vosotras alguna vez el enérgico olor del azahar y del jazmín, el fuerte pero delicado de la magnolia y la diamela, y el perfume suavísimo del clavel y la rosa! ¡Cuántas veces la maceta de nardos que hermosea la miserable bohordilla de la costurera no habrá conseguido redimirse, siquiera por un rato, del mundo de malos olores á que la condenan la falta de cultura higiénica de nuestros gobernantes y la codicia del propietario del nicho anticipado en que su pobreza la aprisiona!

Las narices constituyen, por lo demás, un símbolo distintivo de las razas: si los negros pudieran ser

convertidos en blancos, ó los blancos en negros, como en España acontece, aún se distinguirían unos de otros, y todos de las razas amarillas, por la hechura de sus narices. Los viajeros europeos que en la edad media visitaron la Tartaria aseguran que encontraron allí un pueblo de individuos que no tenían narices, y si sólo, en vez de ellas, dos agujeros ó orificios para respirar. Como la aguja señala al Norte ó la veleta el viento reinante, las narices señalan siempre á las naciones de mayor cultura.

Por sus condiciones morales, las narices son dignas de toda nuestra consideración y respeto. Indómitas, altivas é independientes con los de fuera, son sumisas, dóciles y obedientes con los de casa. Ellas, que no aguantan ancas de nadie, se prestan gustosas á servir de caballete ó sostén á los soberbios y empachosos lentes con que procuramos combatir los rigores de la miopía ó la presbicia. Ellas, que saben advertirnos y separarnos de verdaderos peligros, nos sirven de fieles lazarillos para conducirnos adonde mejor guisan; sin narices no habría policía como la inglesa ó norte-americana; sin buenas narices no habría noticieros políticos.

La pluma, las tijeras y las narices son armas más certeras y de mayor alcance que el fusil de aguja y que el cañón Armstrong. Ellas, á no dudarlo, conseguirán triunfos mayores que los alcanzados por los ejércitos de Jerjes y Darío en la antigüedad, y los de Napoleón y Moltke en los tiempos modernos.

Las narices son aún más que esto; son una de las facciones más genuinamente progresistas que se conocen: sin narices Sagasta en la oposición resultaría inconcebible; ellas (las narices, no el Sr. Sagasta) han logrado emanciparse hace mucho de sus antiguos tiranos; las pobres orejas, más humildes, llevan todavía en sus incisiones las indelebles huellas de su pasada vileza. Los zarcillos, aun siendo de piedras preciosas, son reliquias evidentes de servidumbre y salvajismo. La tontería menor á que, siendo de mucho precio, corresponden, es al deseo de llevar la hucha en las orejas. Las narices hace ya tiempo que sacudieron el yugo de la fatuidad, no menos triste y degradante que el de la esclavitud. Ya sólo llevan pendientes en las narices, ó en el labio inferior, tribus tan salvajes como las de los Botocudos.

La civilización, representada por el pueblo egipcio en la historia antigua, y por los países del Norte de Europa y de América en la edad moderna, está llamada á suministrarnos una multitud de conocimientos hoy, merced al poco estudio y cultivo del sentido del olfato, perdidos en las brumas del sentimentalismo y las idealidades. En todas las grandes percepciones entra por mucho el tener buena nariz; si el microscopio y el micrófono nos han descubierto mundos superiores al que encontró Colón buscando un camino más corto para las Indias, las narices están llamadas á revelarnos también otro mundo, no de milagros fingidos y de pacotilla, sino de verdaderos portentos naturales. Por el telescopio y el microscopio somos hoy realmente superiores al águila; por el vapor y sus aplicaciones volamos más que el pájaro y nadamos mejor que el pez. Tan sólo el perro páchon, olfateando el rastro de la perdiz en el aire, se burla de la ciencia, que aun no ha inventado unas narices de tan poderoso alcance como las suyas.

Estudiemos, por tanto, nuestras narices, bien inestimable que debemos á la Naturaleza, y que estamos obligados á reconocer, amar y respetar. No hacerlo así; conceder exagerado valor á lo que nada vale, y no reconocérselo á lo que realmente lo tiene, equivale á vivir como estamos viviendo en todas las cosas; esto es, *sin saber adónde tenemos las narices*.

ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ.

## CERTAMEN DE PRESBITEROS

En el Suplemento pasado quedé en contestar á la proposición hecha por Mariano de Cavia en *El Liberal*, de dar un premio al cura católico con quien más avara se hubiese mostrado la Naturaleza; al que más garantías ofreciera como incapaz para tentar á las devotas; al más feo, en una palabra; y después de haberlo ofrecido, me encuentro con que no sé cómo tomar la embocadura al asunto.

La primera dificultad con que tropiezo, es la de definir la palabra *feo*, en una tierra donde pasa por axiomático lo de que *el hombre y el oso, cuanto más feo más hermoso*; y donde, por lo tanto, el cura, caricatura del hombre, realiza el ideal de la *belleza fea*.

La segunda dificultad es la de poder, una vez celebrado el certamen, adjudicar el premio sin faltar á la justicia; pues así como si me dieran á escoger entre varias mujeres guapas, acabaría por creer que todas valían más que la que prefiriera, así, tratándose de curas tan horribles como los nuestros, sen-

tiría remordimientos horribles después de haber adjudicado el premio, pues todos los que mirase me parecerían más dignos que el agraciado.

Respecto al otro punto, al de preferir al cura que más garantías ofreciera como incapaz para tentar á las beatas, aún es mayor mi perplejidad, pues como ellos son tan atrevidos, ellas tan débiles, las ocasiones tantas, lo vedado tiene tales atractivos, y á ciertas alturas la idea de la belleza es eclipsada por los impulsos del sexo, bien puede asegurarse que no hay cura feo mirado á través de la rejilla del confesonario, velado entre nubes de incienso, ó juzgado después de contemplar su monumental cervigullo.

Por otra parte, todas las beatas saben por tradiciones de familia que la gente de Iglesia tuvo siempre merecida fama de valerosa en lides de esta especie, y harto sabemos todos que la imaginación suple en ciertos casos deficiencias de la forma, y que no siempre las miradas de las beatas conservan su pureza y diafanidad.

Estas razones y otras de más peso que prudentemente omito, me hacen creer que no daría resultado alguno el certamen para premiar al *cura más feo de España*, ni aun con la científica intención de mejorar la raza; y que vale más no despertar emulaciones que pudieran turbar la paz de las familias devotas, más de lo que actualmente lo está.

Sin que esto quiera decir que yo, amante de que la raza española se perfeccione, no prestara generosamente mi ayuda á todo aquel hombre estudioso que inventara algo práctico y eficaz para impedir que nacieran tantos muchachos con cara de presbítero.

## MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Aranceles parroquiales:

A *La Saeta*, periódico satírico de Madrid, le remiten la siguiente tarifa de trabajos eclesiásticos que se ejecutan en cierta villa á brazo y pulmón y con arreglo á los últimos adelantos:

### «NOTA DE ENTIERROS

	Reales.
De 1. <sup>a</sup> , ó sea tercera en todas partes. . . . .	41
De 2. <sup>a</sup> . . . . .	122
De 3. <sup>a</sup> . . . . .	220
De 3. <sup>a</sup> con trigo 220 y tres fanegas de trigo. . . . .	
De 3. <sup>a</sup> doble 440 y seis fanegas de trigo.	

### ENTIERROS DE PARADAS

Entierros de derechos. . . . .	220
Acompañados. . . . .	42
Capas. . . . .	40
Lecciones. . . . .	40
Tumba. . . . .	88
6 paradas. . . . .	77
Bula. . . . .	3
12 fanegas de trigo al precio corriente. . . . .	552
28 arrobas de vino id. id. . . . .	504
8 carneros id. id. . . . .	560
218 velas. . . . .	654
4 1/2 libras de esperma. . . . .	18
50 misas. . . . .	550
7 libras merma cera en el oficio. . . . .	90

Además se pagan los derechos del sepulturero, que son 80 reales, y los gallardetes de las cofradías, que son cinco á 22 reales uno, y la merma de cera, que es aparte de lo anterior.

Todas las partidas se me autojan algo extravagantes; pero la que más me choca es la de veintiocho arrobas de vino.

¡Menudo *gaudeamus* se pueden correr los curas á la salud del difunto!

Ustedes ¿no conocerán el periodiquín matritense decenal rotulado con el apodo *Morralidad*?

No es extraño, porque no lo conocen ni el sentido común, ni la gramática, ni la madre que le parió.

Es un papel impreso que contiene más tonterías que palabras. A ratos parece obra de curas, á ratos lo contrario; mas siempre resulta un conjunto de disparates.

Yo, sin embargo, me inclino á creer que está redactado por curas de escopeta y perro, quienes, por lo visto, anduvieron á caza de canongías y se quedaron con las ganas; y me fundo para ello en que á lo mejor exhalan su despecho en sueltos como el siguiente:

«Nos dice un párroco que no atacaremos á los canónigos porque son ministros del Señor, y nosotros decimos que respetamos al sacerdote y al canónigo; mas como españoles que desean el brillo de la patria y esplendor de la religión católica, censuraremos que se den á unos *quidanes* lo que sólo debiera obtener la virtud y la ciencia.



«El párroco encanecido en el trabajo, y el cate-drático en la aula, si además de ser elegidos por el favor corresponden á su inicio, favoreciendo con sus votos, no al docto y al virtuoso, sino que pagan fa-vores de antes, lo reprobaremos siempre. Antes que todo la verdad, antes que todo la justicia, como dice San Pablo: «Si un ángel predicase doctrina contra-ria, lo anatematizaríamos. *Amicus plato magis ami-ca veritas*».

¿Curas y pedir justicia, y echárselas de rectos? Ya no me cabe duda de que son coronillas despecha-dos, que para ocultar su rabia y disfrazar sus pre-tensiones, apelan al pueril recurso de darle de vez en cuando algún arañazo á este saleroso y moraliza-dor Motín.

Sobre Azagra (Navarra) cayeron dos cuervos je-suitas: un tal García y un tal Artola.

Al saber su llegada, el alcalde mandó barrer las calles, sin duda para indicar que ni el polvo debía dejarse al alcance de tales individuos.

Artola, que está harto de vanidad, pero en ayu-nas de entendimiento, sermonizó largo y tendido, con gran satisfacción de las beatas y no menor risa de los ímpos que por pasatiempo acudían á la iglesia.

Graznó contra *Las Dominicales* y *El Motín*, ad-vertiendo á sus lectores que estaban excomulgados (noticia que les tiene sin cuidado); y después de unos cuantos jaleos místicos, exhortó á los fieles á con-fesarse, haciéndolo éstos por el orden siguiente:

1.º Rompió la marcha un piquete de niños ma-yores de siete años, que mientras estuvieron en la iglesia no alborotaron en sus casas.

2.º Las Hijas de María, tan gratas á los curianas.

3.º Las de Jesús, de no menor atractivo.

4.º El regimiento de beatas veteranas, inútiles para el combate.

Y 5.º Media docena de hombres, que el que no chochea merece tirar de una noria.

Después de esto, los *ignacianos* se retiraron con sus ganancias, y el pueblo volvió á su estado nor-mal, con los mismos defectos y los mismos vicios; tal como estaba antes de la visita clerical, salvo al-gún aumento de santidad de tal ó cual Hija de Ma-ría, que resultará con el tiempo.

Y si no, al idem.

El cura de Castelo (Lugo) es un tanto rabiosillo, y por lo mismo sus feligreses (incluso los mucha-chos) le dan cada disgusto que lo baldan.

Hay en la feligresía un rapaz apodado el *Cojo*, que es de la mismísima piel del cura, digo del Dia-blo, y siempre anda por los caminos y veredas per-siguiendo á las muchachas con más intención que un presbítero.

El de Castelo tuvo conocimiento de las hazañas del tal *Cojo*, y en un sermón comenzó á aludirle di-ciendo que había chicos tan perversos, que salían á los caminos á... etc.

Oyóle el *Cojo* como quien oye llover; mas tanto insistió el cura en su reprimenda, que el chico se cansó y le interrumpió en esta forma:

—Dígame usted quiénes son éstos, para no juntar-me con ellos.

Encolerizóse el *pater*, y trincando al chico por una oreja, le sacó fuera del templo, cosa que antes había intentado hacer un tío del muchacho, sin re-sultado alguno.

El caritativo presbítero ha demandado ante los tribunales á la familia del interruptor, suspendien-do la explicación de la doctrina que tenía anuncia-da, á fin de poder dedicarse á este asunto tan in-teressante.

Así demostrará que es humilde, tolerante y per-dona las ofensas en cumplimiento de la sagrada ley de Cristo.

El celo por la salvación de las almas ha de mos-trarse en todo tiempo y en todo lugar.

Por eso admiramos la piedad de un padre de al-mas de Tarazona que el día 7, en el tren-correo de Madrid á Soria, cuando el coche de segunda en que viajaba quedó casi desocupado y en él una joven lla-mada Martina, la pareja de escolta del tren y alguno que otro viajero (real ó aparentemente dormidos), empezó á dirigir á la joven frases de consuelo espi-ritual, recordándole los gratos coloquios místicos que durante el camino habían entablado, y proponién-dole para su mayor perfección cristiana que conti-nuase su viaje hasta Calatayud ó Zaragoza, donde pasarían un par de días en santa paz y piadoso re-cogimiento.

La joven, poco preparada para estos ejercicios de contemplación y recogimiento, se negó pretextando que no tenía tiempo para ello. ¡Disculpas munda-nas que sugiere el Demonio para apartar las almas del buen camino!

Reconozcamos, sin embargo, que si esta oveja se negó á entrar en el redil, no fué por culpa del pia-doso señor cura, pues él puso los medios y hubiera puesto los fines, con el desinterés y celo que el caso requería; y maldigamos una vez más la influencia que la impiedad ejerce en las almas de las jóvenes sencillas, cuando así las aparta del lado de los cas-tos ministros del Señor.

¡Sálvese el que pueda, que allá va un cura!

Es Puig, natural de Ribarroja, y vecino de cual-quier parte donde se encuentre. Porque, eso sí, el mozo es tan libérrimo en ideas, que toda patria le parece propia, y todo el dinero de los demás lo con-sidera como suyo.

Cuando era simple seglar tomó el trabuco, se marchó á la facción, y anduvo por montes y veri-cuetos saqueando con todos los de la partida.

Terminada la guerra, se dedicó al *timo* pacífico, es decir, recibió las órdenes sagradas.

No se le cocía el pan en la reposada vida eclesiás-tica, y á seis *barbianes* de pelo en pecho conquistó para que le acompañasen, saliendo todos al poco tiempo con dirección desconocida.

Las gentes le calumniaron, diciendo que su inten-to era robar á un rico ganadero que debía pasar por Camposines (entre Mora y Gandesa); pero esto no debió ser verdad, por dos motivos:

1.º Porque el ganadero había pasado por Cam-posines una hora antes de la salida del *cuervo* y sus satélites.

Y 2.º Porque la Guardia Civil le anda buscando para darle una reparación de las injurias de que es víctima.

Me alegraré que le encuentren cuanto antes, para que no padezca tanto su atribulado corazón.

Lo que ha descubierto un periódico neo de Ori-huela:

«*La Muerte Roja*.—Así se titula una secta que se ha descubierto y que tiene por objeto abreviar los sufrimien-tos del hombre que ha perdido la salud, suponiendo que quien deja sufrir al prójimo comete pecado mortal.

En virtud de esta idea, la secta hace matar á sus co-frades enfermos, acompañando la muerte con ceremo-nias; durante ellas, el *sacerdote*, vestido de encarnado y con un lazo del mismo color, ahoga al paciente».

Descubrimiento por descubrimiento:

«*La Muerte Negra*.—Este es el título de una secta que tiene por objeto martirizar á los enfermos, aumentar sus padecimientos y muchas veces desvalijarles los ochavos. Cuando un individuo está postrado en cama, se pre-senta un prójimo vestido de negro, le pone la cabeza co-mo un bombo, se va á plantificarse un trapo blanco y vuelve á fastidiar al enfermo hasta que le mata á dis-gustos.

*Advertencia*. Este descubrimiento es casi tan anti-guo como el primer cura».

Y tiene además la ventaja de ser auténtico, mien-tras el otro es apócrifo.

¿Si tendrá trastienda, chirumen y cacumen el presbítero Castro de Ribadavia!

¡Pues no ha engatusado á ciertas señoritas del ramo de *cursilis* para que se pongan á la puerta de la iglesia pidiendo para San José, mejor dicho, para Castro; y ellas, que se ruborizarían de pedir para los pobres, están dispuestas á postular para el *cuervo*!

Por cierto que les anda enseñando no sé qué co-sa, que han de cantar al Padre putativo de Jesús en su festividad; y ¡lo que son las gentes maliciosas! hasta se fijan en que si los ensayos se hacen á puerta cerrada y á media luz.

De todo ha de sacar partido la malicia humana, y la gallega sobre todo.

Recuerdo que, cuando niño, oí á uno de la tierra el siguiente cantar:

O crego d'a miña terra  
y á mulher d'o sacristán  
vanse xuntos pra ó moñño.  
¡Non sei qué fariñas fan!

Cada uno tiene su modo de imitar á Dios, y el *parroquidermo* de Arnauz (Orense) lo verifica ven-gando en los hijos los desaguisados que le hacen los padres ó los resentimientos que con ellos tiene.

Falleció un joven católico y de costumbres irre-pressibles, y el *curaza* se negó á darle sepultura en el cementerio católico, por que el padre del difunto no pertenece á su comunión... política.

En cambio el monterilla debe ser un católico á machamartillo, de ser cierta la alcaldada que le atri-buyen, y que consistió en dar sepultura al cadáver en una finca rústica que ni siquiera está murada, á pesar de la comunicación que le dirigió el juez.

En medio de todo, quizás el buen hombre haya obrado así por filosofía, diciéndose para su capa mu-nicipal:

—Tan sagrada ó más es la tierra bendecida por el sudor del labriego, que la que ha recibido los hi-sopazos de mi amigo el cura.

Lástima grande que los tribunales no entiendan de estas metafísicas alcaldescas, y á él y al *cuervo* les den el doble disgusto.

Mas ¿qué digo? La lástima sería que no lo hicie-ran así.

Dice *El Buen Sentido* de Lérida:

«¿Hablan ustedes de milagros? Pues ahí va uno.

«ROMA, 24 Febrero. —Horrorosa catástrofe. Según te-legramas de San Remo, resentida por el terremoto se ha desplomado la iglesia de la aldea de Bajardo, en ocasión en que estaba llena de fieles. Trescientas personas han quedado sepultadas entre los escombros.

«¡Trescientas personas no más! ¿Se quiere un mila-gro más patente? Porque ustedes han de convenir con-migo en que podían haber sido cuatrocientas.

«Como hubieran sido, si á los libre-pensadores del pue-blo les da por unirse á los fieles y cobijarse en el pro-ector recinto de la iglesia».

No lo harían tal vez por no atraer la cólera cele-ste sobre los católicos, pues sabido es que, cuando los malos se mezclan con los buenos, atraen el castigo para todos; y también por no usurparles á los cre-yentes las dádivas del Señor.

Para *cleripopótamo* prevenido, el de Godall.

A falta de más urgentes ocupaciones, pescó ha-ce días la *pañosa* y se fué de casa en casa hacien-do una lista de los feligreses que piensan ir á con-tarle chismes en la presente Cuaresma.

Llegó á la de un republicano, y la mujer de és-te, en ausencia del marido, se negó á dar los nom-bres de ambos. ¿Qué más quiso oír el mozo? Abrió la boca... del saco de los desatinos, y desparramó infinidad de tonterías, amenazando con denuncia-la al obispo, al gobernador de la provincia... á todo bicho viviente.

También parece que grazna alguna cosa contra *El Motín*, previniendo á sus lectores que están excomulgados y que, cuando mueran, no los ente-rrará en sagrado, ni bautizará á sus hijos.

Lo cual que mayormente no se les importa un comino, y les puede ahorrar unos cuartos.

Dice *La Montaña* de Manresa, hablando de Sa-badell:

«Nunca dejará de haber holgazanes que escudriñen vidas ajenas.

Malas lenguas dicen y propalan que de uno de los es-tablecimientos benéficos de esta ciudad desapareció una religiosa, sin que en ello interviniera ningún Pinaud. Quizá se escamoteara á sí misma.

Pero lo más grave de la murmuración es que, además de la desaparecida, que por lo mismo ya no está, hay otra cuyo estado interesa por lo mucho que la embaraza cierto malestar, ocasionado sin duda por algún plácido y extático coloquio tenido en sueños.

Así se dice: nosotros ni lo creemos ni lo dejamos de creer, ni nos hacemos cómplices de la murmuración».

Lo mismo digo.

Ya que tantos disgustos me tienes dados, *parro-cán* de Onís, voy yo á molestarte una vez para que me digas si sabes qué ha sido de un curaza de esa que se llevaba muy bien con una tal María que al fin fué despedida de su casa, llevándose algo que no tenía al ingresar en ella, y que después salió á colación.

Y de paso, si sabes qué ha sido de una tal C., que parece fué también objeto de paternales caricias de bulto, por lo cual un hermano suyo tuvo intenciones de obsequiar al *pater* con una paliza.

Y ya que me he puesto á preguntarte, dime, por lo que á ti se refiere, en qué quedó aquella cuestión que tuviste con el alcalde por *mor* de los consumos.

Te agradeceré mucho que me contestes, y así en-gorden tanto los cerdos que crías en familia como aquél que mataste últimamente, que pasaba de doce arrobas.

¡Casí, casí, lo que un cura bien nutrido!

Para *juerga*, la que armó el *barbián* Calleja en un molino de Villamanrique del Tajo, con Pinto, Perico el de Carabafia y otros del gremio negro.

Hubo *bebía*, *comía* y *representantas* del sexo dé-bil; se bailó de lo lindo, y terminó la fiesta paro-diando una corrida de toros.

Calleja, como más chulo, ejerció de *picaor*, aupado en un herrero, tentando varias veces á sus compañeros de coronilla, que representaron admira-blemente el papel de Miuras.

Después... no sé lo que pasó después. Unos se perdieron, otras no parecían, y el molinero tuvo que cortar por lo sano...

¡Santo Cristo del Garrote! ¡Y qué milagro tan hermoso pudiste hacer aquel día!



Para estómago, el de un cuervo de Ronda que se pimpló tres litros de vino en la tienda de un montañés con tal facilidad, que dejó asombrado á un funcionario público de dicha población que pasa por ser uno de nuestros primeros curdas.

—¡Camará!—decía éste al filoxera tonsurado,—¡vaya un modo de embaular tinto! ¡Si parece el cuerpo de usted el túnel de las danaidas, ésas que dicen!

A lo cual replicó el grajo, parodiando á Roberto Robert:

¡Son muchas tragaderas  
Las que tiene un presbítero de veras!

A un joven de Monforte le ha dado su novia unas calabazas como soles, por obra y gracia de un cura.

La joven fué tan simple, que refirió al cuervo sus amores; éste le preguntó quién era el amante, y, una vez que lo supo, díjole:

—No quieras á ése, porque lee El Motín.

Lo que no sé es si añadió:

—Quiéreme á mí, que soy tan arrimado á la cola que no leo nada.

Felicitemos al desdeñado, pues si antes de casarse hacía tanto caso de los curas su prometida, ¿qué no hubiera hecho después?

Los pelos se ponen de punta sólo al pensarlo.

Ciento diez y ocho reales se ha trabajado el párroco de Santa Eulalia de Onís por una boda en que no hubo necesidad de sacar documentos, leer amonestaciones, ni otros requisitos que son necesarios cuando los contrayentes no son hijos y vecinos de la misma parroquia, como en este caso sucedía.

Carillo tasa el asunto el lechuzo. Pero vaya en gracia por la generosidad con que niega las partidas que para inscribirlas en el Registro Civil solicitan dos matrimonios pobres casados canónicamente, y á quienes no afloja los documentos mientras no le suelten los metales.

¡Agarremos y agarremos! dirá el cura, que una cosa es el Catecismo, y otra el libro de caja parroquial.

Con motivo de haberse caído un albañil de un andamio de la iglesia de Santa Madona (Barcelona), y á los pocos días otro de las obras del nuevo convento de las Magdalenas, dicen los impíos que, puesto que lo mismo se matan los obreros en las construcciones sagradas que en las profanas, sería muy beneficioso que, en vez de bendecir las referidas construcciones, se asegurase por medios humanos la vida de los obreros.

Esto es un error, pues se pueden hacer ambas cosas. Dios dice: *Ayúdame, y te ayudaré.*

Así, constrúyanse fuertes y seguras andamiadas, utilícenle sin tacañería todos los medios de protección... y Dios pondrá lo demás, que es bien poco.

El cura católico Stella, que trabaja en Nueva-Orleans (Estados-Unidos), se procura los ochavos de una manera pasmosa armando sus rifitas para dar el timo á los fieles.

Ultimamente ha rifado un borrico que le costó diez dollars, sacando más de quinientos de la operación, y teniendo la suerte de salir agraciado con el jumento, que, por lo visto, había formado el propósito de no separarse de su compañero Stella.

Los que niegan que la Iglesia es una é indivisible, que se fijen en la unidad de miras que tienen los curas en todas partes para mermar ó escurrir la bolsa de los fieles.

Está que bufa el grajo de Maldá, porque la maestra de niñas no ha querido convertir su escuela en oficina de recaudación de fondos para las bodas de oro del Papa; y con este motivo le suelta cada filípica desde el púlpito, que tiembla el orbe. Entre otras cosas ha dicho que la doctrina que enseña no es la de la Iglesia.

Sin embargo, yo creo que lo de los fondos debe ser un pretexto para desahogar con la maestra la rabia que tendrá por alguna negativa de otra clase; pues siempre fueron muy dados los curas á vengarse por tabla.

¡Pero qué suerte tienen algunos curas!

Uno del ramo pasaba el otro día por la plaza del Progreso, y como iba tan erguido, tan compuesto y tan galán, dos muchachas que estaban en un portal no pudieron contenerse y exclamaron:—¡Qué cura más guapo!

El humildísimo siervo de Dios se volvió hacia las chicas y les contestó:—Muchas gracias, hermosas.

Lo que después ocurriría, adviéndole el piadoso lector, teniendo en cuenta el grado de temperatura á

que suelen encontrarse habitualmente los presbíteros.

No me da la real gana de decirte, caro lector, cómo se llama el grajo que en Cádiz anda cobeando chavalas para que ingresen en el convento de Capuchinas.

Si tienes empeño en saberlo, pregúntaselo al párroco de Santo Domingo, al que lo fué de Nuestra Señora de la Palma, al cuervo que en cierta noche intentó volar desde el balcón de una tal Mercedes á la calle, ó al sereno que le cortó el vuelo.

Pero... no; mejor será que no lo busques, pues pudieras ser víctima de un ataque por donde las embarcaciones reciben los vientos más favorablemente.

Al ver que se cierran las puertas de la catedral de Jaén después de terminada la misa mayor y demás ceremonias, y que á las dos horas se abren para dar salida á varias señoras, pregunta *El Clarín*:

«¿Qué harán esas señoras en el templo á puerta cerrada?»

¿Qué han de hacer? Estando bajo... la custodia de virtuosísimos padres, no es difícil adivinarlo.

Rezar todo lo misteriosamente posible.

¿Por qué te empeñas, Ayala el de Ronda, en indisponerte con los hermanos de las cofradías, obligándoles á llevar las procesiones por el barrio del Mercadillo, cosa á que se niegan por no variar el itinerario de costumbre?

Como no lo hagas en obsequio á la Lolita, que vive en dicho barrio, ¡vive Dios, que no veo la tostada!

Los infelices obreros que mendigan estos días pan y trabajo por todas partes, pueden consolarse con la siguiente noticia:

«Los jesuitas han comprado en Gandía el palacio ducal, cuna de San Francisco de Borja».

Y al paso que van, acabarán por apoderarse de media España.

Si no se les barre á tiempo.

## CONSULTOR DE FELIGRESES

Madrid.—¿Sabe usted si han condenado ya la puerta que pone en comunicación con el pasadizo de San Ginés la iglesia de ídem, y si es mujer ó cura el bulto que entra y sale por ella á diferentes horas de la noche?

—Que la puerta no ha sido aún condenada, sí lo sé; lo demás lo ignoro; si bien creo que cabe en lo posible el que pudiera unas veces ser un cura y otras una mujer que, abrasada en amor divino, entrase por aquella puerta para imponerse la penitencia de ser mal juzgada, por algún pecadillo que pudiera haber cometido.

¡Toma á lo mejor el celo religioso caminos tan extraños para manifestar su arrepentimiento!...

## NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Del Montón.—Así ha bautizado Andrés Corzuelo (ó siquier Manuel Matoses) un saladísimo libro, primero de la colección que de sus obras se propone publicar.

Los méritos literarios de Matoses son tantos y tan conocidos, que hacen inútil todo elogio. España entera conoce sus festivas obras dramáticas y lee con satisfacción los chispeantes artículos que un día tras otro publica en *El Globo*.

Entre los escritores festivos contemporáneos, distínguese Matoses por la novedad de sus giros, por la cultura de su lenguaje, por su inimitable *vis cómica*.

La obra es una selecta colección de sus artículos (si es que cabe elección entre todos los suyos), ilustrada con excelentes dibujos de Mecachis y precedida de un prólogo de Clarín.

Forma un tomo en 8.º esmeradamente impreso, y se vende al precio de dos pesetas en casa del autor, Santa María, 41, 2.º derecha, y en las principales librerías.

La *Revista de los Tribunales*, que con tanto acierto dirige el eminente penalista Sr. Romero Girón, y edita el conocido editor Góngora, acaba de poner á la venta, y repartir á todos sus suscriptores que estén al corriente en su abono, el Apéndice IV á su *Diccionario de Jurisprudencia en materia criminal*.

Contiene el tomo todas las sentencias publicadas en la *Gaceta* desde 1.º de Enero á 31 de Diciembre de 1885, divididas en dos grandes grupos, con los epígrafes de *Legislación general de la Península, Legislación general de las provincias de Ultramar y Legislación especial*.

Estos grupos están divididos á su vez en secciones que se refieren á las respectivas leyes, así sustantivas como adjetivas, sobre las cuales ha recaído la jurisprudencia, y dentro de cada sección se encuentran colocadas por orden de fechas las decisiones del Tribunal Supremo, bajo epígrafes que corresponden á los que llevan los libros, títulos, capítulos, etc., del correspondiente Código, con lo que se hace posible el conocimiento de toda la doctrina establecida acerca de la disposición legal cuyo

examen interesa al juriscónsulto en un momento dado y le facilita extraordinariamente la comprobación de cualquiera cita relativa á las sentencias del Tribunal.

El precio de este tomo es el de seis y siete pesetas, y el de la obra cincuenta y ocho y sesenta y cuatro. También ofrece tener terminado el tomo de *Jurisprudencia civil de 1886* para fin de este mes de Marzo.

Damos las gracias al secretario general del Banco de España por los dos ejemplares que nos ha remitido de la Memoria leída en la Junta general de accionistas, comprensiva de las operaciones efectuadas en el año de 1886.

—Y al vicepresidente de la Junta provincial de Beneficencia, por los de la Memoria de los trabajos realizados por dicha corporación en los años económicos de 1883-84, 1884-85 y 1885-86.

Se ha puesto á la venta en las principales librerías y en la Administración de *EL MOTÍN*, el notable y aplaudido drama de D. Juan Mailló, titulado *Lo que puede la ambición*.

Precio, dos pesetas.

Por tanto reir.—Así se titula un interesante cuento, original de Doña Elisa Morán de Escobar, que hemos recibido. Forma un tomo de 55 páginas elegantemente impreso, y revela en su autora disposiciones para cultivar este género.

*El Regionalismo*.—Notable discurso pronunciado por Aureliano J. Pereira, director de *El Regional*, de Lugo, en una velada literaria celebrada en el Círculo de las Artes de dicha ciudad.

## OBRA NUEVAS

### BIBLIOTECA CÓMICA

#### PENAS Y APUROS

FOR

JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

Ilustraciones del Padre Cobos.

Se vende á peseta, en la Administración de *EL MOTÍN*.

## BIBLIOTECA DE EL MOTÍN

### LOS JESUITAS

Su vida, costumbres, adulterios, asesinatos, regicidios, envenenamientos y demás pequeñeces cometidas por la célebre Compañía desde su fundación hasta la época presente, por Ignacio de Lozoya.—Segunda edición, aumentada con la *Instrucción política*, ó sea la regla que dan á los padres jesuitas en su tercera profesión, para valerse en el mundo con los seglares, valer con todos y no desfallecer jamás.—Precio, dos pesetas.

De venta en esta Administración, y en las principales librerías.

Los suscriptores y corresponsales de *EL MOTÍN* recibirán la obra con el 25 por 100 de rebaja.

## LA REPÚBLICA

Lámina en diez colores al cromo.

Mide la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho, y es propia para colocarla en un cuadro en los casinos y comités.

Los libreros y corresponsales pueden adquirirla con el 25 por 100 de descuento, y con el 50 los señores que se suscriban por un año á *EL MOTÍN*.

Se vende en la Administración al precio de TRES PESETAS.

## LIBROS DE LA BIBLIOTECA

DE

EL MOTÍN

*EL JUDÍO ERRANTE* célebre obra de Eugenio Sué. Tres gruesos tomos.—Nueve pesetas.

*LO QUE NO DEBE DECIRSE* (Quinta edición), por José Nakens.—Precio: dos pesetas.

*LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS* por D. R. H. de Ibarreta.—Décima edición.—Precio: dos pesetas.

*LA PIQUETA* por José Nakens.—Tercera edición.—Precio: una peseta.

*DÍOS ANTE EL SENTIDO COMÚN* por el cura Meslier.—Precio: dos pesetas.

*COMENTARIOS Á LA BIBLIA* (El Citador), escrito en francés por Pigault-Lebrun.—Versión castellana con un prólogo y la biografía del autor por A. G. M.—Obra interesantísima.—Precio: una peseta.

*ESPEJO MORAL DE CLÉRIGOS* para que los malos se espanten y los buenos perseveren, ó sea recopilación extraordinariamente ampliada y corregida de los celebrados y odoríferos *Manojos de flores mistificas* publicados por *EL MOTÍN*.—Cuatro partes á peseta cada una.

*REGOCIJO DE CREYENTES Y BALUARTE CONTRA MELANCOLIAS*.—Precio: una peseta.—Obra festiva con trece buenos cromos.

MADRID: 1887.

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY

4—Plaza del Dos de Mayo—4